

y mentira todo fué.
Faltó la luz prometida,
faltaron también las flores,
las lágrimas, los amores,
la verdad faltó, y la fé.

¡Cuanto amante juramento
en las losas funerarias!

¡cuantas fervientes plegarias
votos de fidelidad!

Y en seguida el raudó viento
desvarace los gemidos,
y se pierden confundidos
en la eterna inmensidad.

¡Cuantas amantes promesas
y suspiros, y caricias!

¡que de halagos y delicias
debieron, ¡ay! recoger,

Estas cenizas opresas
hora en la mansion impía!

¡Cuanto amor la muerte fría
horrible viene á romper!

.....
Al recordar con espanto
el día inmenso, profundo,
que al pávido moribundo
por sus obras juzgarán;
Religioso miedo, santo
mi tímido pecho inflama,
me estremezco cual la llama
al soplo del huracán.

Cuando los ayes llorosos
de los padres sepultados,
por el hijo son mezclados
con el himno del festín,
Y sus plañidos quejosos
ahoga en insolente risa,
y el cuerpo paterno pisa
con planta fiera, ruin;

De mi raza envilecida
tanta iniquidad deploro
que de la virtud el lloro
insulta cruda y triunfal:
Mi ilusión desvanecida,
y cansada mi existencia,
al Dios ruego, de clemencia,
el descanso sepulcral.

Mariano Estébane Góngora.

D. PEDRO DE PORTUGAL EL JUSTICIERO.

CAPITULO 11.

—Esa muger me ha enternecido y á pesar de su altivez en un principio, no he podido despues resistir á sus lágrimas.—

Así decia el rey á su mayordomo, que esperaba el resultado de la entrevista.

—Un rey, señor, replicó éste, que tan pronto cede á los mentidos halagos de una muger, permitidme os lo diga, es un débil: sabed que vuestro hijo ha contraido con ella un enlace secreto.

—Aunque esa noticia, replicó el rey conmovido, ha llegado á mis oidos, no he querido darle crédito.

—Ignorais, continuó el astuto mayordomo, á donde llega el artificio de esa muger: abriga en su corazón una ambicion desmedida: ella aconseja á vuestro hijo os arranque con impía mano la diadema que adorna vuestras sienes. Su partido es cada vez mas poderoso, van ocupando los principales puestos de la nacion, gracias á nuestra apatía, y acabarán por último de apoderarse de todo. Anoche mismo fué dispersada una numerosa turba de gente de la plebe por la ronda que oyó los gritos suversivos de «viva el rey D. Pedro...»

—Callad, replicó el rey aturdido; haced inmediatamente cuanto juzgueis necesario en bien del estado.

—Parto al momento señor, dijo el mayordomo, en cuya frente brilló un rayo de alegría diabólica.

Oigamos lo que entretanto conversaban los conjurados en la casa del mayordomo.

—Mucho tarda Moraes, dijo impaciente D. Diego Lopez Pacheco, ¡vive Dios! que nada bueno auguro de su tardanza: si esta

noche no consigue inclinar el ánimo del rey á nuestros proyectos, todo podemos contarle por perdido.

Sonó uu lijero ruido y apareció el mayordomo al dintel de la puerta, radiante de alegría.

—Ya está aquí, esclamaron todos á una voz, ¿qué dice el monarca?

—La victoria es nuestra, contestó con voz agradable el consejero, aunque el monarca como siempre se manifestaba irresoluto, le hice presente la asonada de la otra noche de que ya teneis noticia.... y por último todo lo ha dejado á mi arbitrio.

—Bien, replicaron todos.

—Soy de opinion, continuó el mayordomo espialdo con la vista el ánimo de todos como si temiera no encontrarlos bastante preparados para sus proyectos, de que ahora es la ocasion mas oportuna para dar el golpe decisivo. Sobre todo prudencia y sigilo: no quisiera, que tamaña empresa se confiase á mercenarias manos.

—Descuidad, respondieron á una voz, retirándose y brillando en sus rostros una sonrisa diabólica. El éxito responderá de nuestras palabras.

Era una noche espantosa: sombrías nubes discurrían por el horizonte y gruesas gotas empezaban á caer: silbaba fuertemente el huracán todo era tinieblas y horror. Sin embargo con inaudita osadía tres sombras misteriosas asaltaban el monasterio de santa Clara de Coimbra, Inés en el coro á la moribunda luz de una lámpara de plata, ante un crucifijo de colosal magnitud, que entre los negros pliegues de la oscura sombra parecia recobraba un aterrador movimiento, estaba arrodillada, su tez mas pálida que las losas del pavimento, el largo velo que ocultaba sus encantadores hechizos, el fervor místico de su plegaria y la amargura de que estaba poseido su corazón; todo le hacia parecera á una imagen de la acongojada María, cuando al ponerse el melancólico sol en la cumbre del Gólgota rogaba al Eterno, á su divino hijo que acababa de espirar.

Era este sitio imponente y aterrador. La semi-oscuridad que allí reinaba, el silencio interrumpido solamente por las furiosas ráfagas de viento que contra la veleta de la torre se estrellaba, las infinitas eligies de innumerables santos que con su sangre testificaron á la faz del mundo una doctrina saludable y divina, el lúgubre y magnífico sepulcro de la piadosa reina doña Isabel fundadora del monasterio, que cual simple monja habia hecho penitencia, á lo lejos se destacaba en la oscuridad; todo, en fin, hacia en el ánimo de Inés una profunda sensación: le traía á la memoria su desventurada suerte, su amor desgraciado, y rogaba al Todopoderoso, calmase la terrible tempestad que zumbaba sobre su cabeza, concediéndola dias mas tranquilos; pero el Eterno lo habia dispuesto de otro modo. Así fué, que aun no habia concluido la plegaria, cuando aparecieron al dintel de la puerta tres embozados de mirar iracundo y aspecto aterrador, cual fatídicos espectros de un sueño infernal: monstruos de la humanidad, que insensibles al remordimiento, impasibles en el crimen con serena frente destruyen cuanto hay de bello y encantador sobre la tierra: y brillando en la oscuridad tres homicidas puñales cual lúgubres meteoros, rápidamente traspasaron el cándido pecho de la desventurada Inés, que cayó bañada en sangre.

CAPITULO 12.

Era una agradable mañana de la primavera. D. Pedro desde la ventana de su régia cámara, estendia su triste vista por la dilatada campiña, que allá á lo lejos en agradable perspectiva se estendia, el radiante sol lanzaba tibios y esplendentes rayos. Todo inspiraba al corazón dulce placer y alegría. D. Pedro sin embargo ageno á los encantos de la naturaleza, se hallaba en uno de aquellos momentos en que el corazón es víctima de la mas negra melancolía. Mil sombríos pensamientos asaltaban en tropel su acalorada imaginación. Desde la despedida de Inés era la vez primera, que se retardaban noticias de ella: habian llegado á sus oidos los mas estraños rumores, no ignoraba la presentación de su padre en el monasterio, y sin adivinar la causa, los mas negros presentimientos se apoderaban de su corazón. En el campo de batalla nunca habia temblado, pero entre las intrigas de la corte sentia su corazón amedrentado. Pronto la llegada de Fortun le sacó de tamaña incertidumbre.

—Señor, le dijo con semblante demudado, jamás habeis tenido necesidad de mas valor; una pérdida irreparable tengo que anunciaros.

—Ya la espero, Fortun. Habla; la incertidumbre es el mayor de los males; cualquier dolor por grande que fuera lo preferiria á ella.